y si estas causas son bastantes para continuar en nuestra demanda, nadie ponga la imaginación en trabajos, pues es cierto que sin ellos nada bueno se consigue. Y pues que hasta ahora no tenemos de qué quejarnos, pues Dios nos ha dado tan grandes victorias, confiando en él que las aumentará, no le desirvamos con nuestra pusilanimidad sino prosigamos ensalzando a nuestro rey, extendiendo el nombre castellano con inmortal fama, acrecentando nuestro estado con mucha prosperidad, pues de lo contrario, infamia, menosprecio y vileza se nos ha de seguir y lo que peor es la muerte; pues esta gente bárbara y cruel que veis bien armada, lucida y mucha, como decís (y yo os lo confieso), en viendo que volvemos el pie atrás nos ha de perseguir hasta acabarnos y lo que es peor es que la que queda atrás nos ha de dar por las espaldas. Volvamos pues sobre nosotros, dejemos a una parte tan vil pensamiento y si es que hemos de morir sea inmortalizando nuestra fama y no infamando nuestras honras, aliende de que yo espero (y lo aseguro mediante Dios) que se verán los bienes que prometo de esta jornada, para la cual es muy necesaria la constancia en las cosas contrarias, porque significa grandeza de corazón y de fuerza y la moderación en las prósperas arguye ánimo superior a la fortaleza.

CAPÍTULO XXXV. *Que el rey de Mexico sabe las victorias de Cortés y le envía un gran presente; y que pelea otra vez con los de Tlaxcalla y le envían embajadores y se hace la paz; y las alegrías que se hicieron por ello*

ABIÉNDOSE YA MOTECUHZUMA desengañado por este tiempo de la falsa opinión que tenía de que nuestros castellanos eran dioses, y sabiendo ya de cierto que eran hombres como los demás y que venían entrando la tierra con ánimo de llegar a su ciudad, hizo otra vez junta de los de su consejo, entre los cuales se hallaron Cacama, rey de Tezcuco y Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, y tratóles de nuevo el caso y pidióles parecer sobre lo que se debía hacer acerca de ello; y aunque el rey Cacama debía hablar primero como en otras ocasiones acostumbraba, guardó respeto a Cuitlahuac por ser su tío, hermano de Motecuhzuma, y pidióle que dijese lo que sentía. El cual tomando la mano dijo que le parecía que se le enviase un gran presente a Cortés y que se le enviase a decir que mirase lo que quería de su tierra para aquel gran príncipe, su señor y que se le daría todo con mucha voluntad y que no sólo en lo presente sino también en lo por venir se le ofrecía mucha y muy buena amistad; pero que le pidiesen que no pasase a Mexico por inconvenientes que había y que se volviese con lo que se le diese y con esperanzas de recibir más otras veces que viniese, y con esto calló. Habló Cacama muy al contrario diciendo: muy alto señor, no contradigo ni repruebo lo que mi tío Cuitlahuatzin ha dicho, pero soy de parecer que enviases a mandar a los gobernadores y capitanes por donde

pasan que los regalen y reciban como a tu propia persona y que les dijesen que si quieren venir a tu corte que vengan. Y pues eres tan gran señor y tienes tantos y tan principales vasallos, será bien que ellos vean tu majestad y corte; y si alguna cosa quisieren, oírlos has, como acostumbran los grandes y poderosos señores; y si te quisieren agraviar, por eso están aquí presentes estos señores, vasallos tuyos; y yo que soy tu sobrino, a cuya causa estoy obligado a morir en tu defensa; cuanto y más que viendo tu autoridad los extranjeros se moverán a guardarte decoro y respeto, demás de que ya tenemos aviso de que no vienen a hacer mal sino a dar noticia de su ley y rey y a tratar otros secretos semejantes; y así por esto, como por otras cosas que no digo, es éste mi parecer. Tras él hablaron todos los otros señores y principales, y unos se arrimaban al dicho de Cuitlahuac, pareciéndoles bien que no viniesen a la ciudad (lo cual les fuera mejor si Cortés quisiera pasar por ello) y otros aprobaban el dicho de Cacama y les estuviera mejor a los mexicanos si supieran con engaño cogerlos entre puertas, porque les fuera muy fácil acabarlos a todos. Pero obraba Dios que para sus intentos sabe acortar envites y atajar pasos y mostrar la grandeza de su poder, en lo más áspero y dificultoso. Dijo Motecuhzuma que hacer de el ladrón fiel con Cortés, enviándole a decir que viniese a su corte, le estaba bien por cuanto eran valerosos los castellanos y por saber que algunas provincias se le habían rebelado y eran de la alianza y confederación de Cortés, y que su sobrino Ixtlilxuchitl, hermano del rey Cacama, estaba con grande ejército contra su hermano y que haciéndose con los enemigos les sería de mucho estorbo; pero que lo mejor sería enviarle a despedir, porque estando lejos no alborotase a los amotinados, y así tomó el consejo de Cuitlahuac, su hermano, que por entonces no fue el más acertado, aunque al que teme todo le parece bueno, especialmente si es en orden de no ver aquello que le espanta. Envió con este despacho seis mexicanos y muchos otros hasta doscientos en número, que les acompañaron, los cuales bajando por la sierra de Huexotzinco tuvieron nueva cómo los castellanos habían pasado hacia Tlaxcalla con gran número de amigos totonaques que los acompañaban y que estaban con determinación de entrar en Tlaxcalla y aunque les pesó mucho no pudieron remediarlo; y por ver si pudieran ser estorbo de algo apresuraron su camino y a breves jornadas llegaron adonde los nuestros estaban. Hecha pues por Fernando Cortés la plática dicha en el capítulo pasado y más con espíritu y buena gracia (porque la tenía en todo), aseguró algo los ánimos de los soldados y los quietó, porque ya podía mucho con ellos su opinión y autoridad (tanto conviene que el capitán la tenga con los soldados). Y aunque no del todo, por la grandeza del peligro, no se murmuraba tanto; pero Dios lo remedió mejor, pues poco después se vieron entrar por el alojamiento los seis principales señores mexicanos acompañados de los doscientos hombres que llevaban para su servicio, en su traje y manera muy diferente de los otros, y llegados delante de Fernando Cortés, conforme a su usanza, le hicieron gran reverencia; y según se entendió ya se sabían en Mexico las victorias que había tenido contra los tlaxcaltecas y antes de hablar le dieron un presente de parte de

su rey, en que había mil ropas de algodón, muchas y ricas piezas de pluma, mil castellanos de oro en grano muy fino, como se coge en las minas. Dijo el más viejo que su señor Motecuhzuma le saludaba y enviaba con ellos aquel presente deseándole toda prosperidad, diciendo que según su valor debiera ser mayor y que le rogaba le hiciese saber cómo se hallaba con los suyos y que si de su reino algo hubiese menester todo estaba a su servicio y que estaba muy alegre con las nuevas que había sabido de las muchas victorias que de tlaxcaltecas había alcanzado; y que por el bien que le deseaba le rogaba que no fuese a Mexico por ser el camino áspero y peligroso, que le pesaría aconteciese desastre a hombres de tanto valor y a quien tanto amaba y que le ofrecía reconocer por amigo y por señor al rey de Castilla, a quien serviría con todo lo que mandase. Y en señal que no tenía más que hablar, ni los que iban con él, estuvieron las cabezas bajas, con los brazos tendidos, la una mano sobre la otra. Cortés respondió por los intérpretes que fuesen bien venidos, agradeciendo mucho a Motecuhzuma el presente, el amor y el consejo que le daba y el ofrecimiento que le hacía de reconocer a tan gran monarca como el rey de Castilla, su señor; y que pues vendrían cansados de tan largo camino, les rogaba que allí descansasen entre tanto que determinaba sobre la ida de Mexico.

Era la intención de Fernando Cortés que estos embajadores viesen cómo se había con los tlaxcaltecas en caso que se continuase la guerra, y si se hacía la paz cómo les reprehendía el haberla comenzado, y los mandó regalar mucho. Hallábase mal dispuesto de calenturas, por lo cual no había en aquellos días salido a la campaña y no se entendía sino en guardar el cuartel y algunas veces salir a escaramuzar con algunas tropas de tlaxcaltecas que iban a gritar. Purgábase con una masa de píldoras que había llevado de Cuba; y antes que comenzasen a obrar se tocó arma por tres grandes escuadrones de enemigos que habían parecido y acometían el alojamiento por tres partes furiosamente, creyendo que por no haber salido aquellos días los castellanos se hallaban en ruin estado. Pidió un caballo Fernando Cortés, sin respeto de la purga, y subiendo en él, salió al campo y peleó valerosamente por su persona gran espacio de tiempo, haciendo oficio de capitán y de soldado, no faltando un punto a todo y en todas partes hasta que fueron desbaratados y huyeron, estando a la mira de lo que pasaba los mexicanos, notándolo con gran cuidado. Otro día purgó Fernando Cortés, como si entonces tomara la purga; y dijo el médico que naturaleza se había detenido con la nueva alteración; y yo digo que era obra de Dios para que esta obra de la conquista se hiciese y se llevase a debida ejecución, para la salvación de tantas almas, como después acá se han salvado. Los de Tlaxcalla admirados de que toda su potencia no había bastado para conseguir su deseo y teniendo la mayor parte de ellos por cierto que los castellanos eran asistidos de alguna divina deidad y que por esto eran invencibles; y habiendo también tenido noticia de la llegada de los embajadores mexicanos al ejército castellano, teniendo sus consultas sobre lo que habían de hacer, después de muchas porfías y diversidad de pareceres, concluyeron que se debía

de hacer la paz con los castellanos y procurar que si alguna confederación trataban con Motecuhzuma apartarlos della, pues mayor mal que éste no les podía suceder. Nombraron para esta embajada a Xicotencatl el Mozo, aunque se quiso excusar, siéndole precisamente mandado se puso en orden con cincuenta caballeros de los más principales de la ciudad y algunos mancebos para dejar en rehenes. Llevó un presente de ropa y pluma y algún oro, conforme a la posibilidad de aquella ciudad que de todo esto carecía. Avisado Cortés de la embajada de la señoría de Tlaxcalla y que la llevaba Xicotencatl salió a recibirle y con gran honra y cortesía le llevó a su alojamiento. Sentáronse los dos estando en pie todos los demás así tlaxcaltecas como castellanos; trájose el presente y los rehenes y luego dijo con gran comedimiento:

Que bien debía de saber que era Xicotencatl capitán general de la república de Tlaxcalla, en cuyo nombre le iba a saludar y tratar una perpetua paz y concordia y a suplicarle que perdonando los yerros pasados los recibiese en su amistad prometiéndole lealtad y de servirle como verdaderos amigos; y que si hasta entonces le habían hecho guerra fue por tenerle por muy amigo de Motecuhzuma, su capital enemigo, y que esta sospecha no había sido sin causa, pues que desde Cempoalla habían sabido que andaban con él criados y vasallos suyos, y el deseo de conservar su antigua libertad (que tanto les costaba y en tanto estimaban) los había inducido a tomar las armas por la cual vivían en aquellas sierras sin sal, sin vestidos, sin oro y otras cosas, siendo necesario venderse a sí mismos algunas veces para rescatar algún algodón; y que ahora que con la experiencia habían conocido su valor, no queriendo porfiar más contra la fortuna, se ponían en sus manos suplicándole mirase por su libertad y los defendiese de la desenfrenada ambición de Motecuhzuma y de los culhuas, que era gente que parecía haber nacido para no descansar, ni dejar a nadie en sosiego; y que para mayor confirmación de aquello le entregaba en rehenes aquellos caballeros mozos, certificándole que jamás la república de Tlaxcalla había admitido a nadie que no fuese llamado o rogado; y que pues con sus personas, mujeres e hijos se le entregaban, con muchas lágrimas le suplicaba los recibiese por suyos y mirase como tales. Fernando Cortés, habiendo bien considerado la plática del tlaxcalteca y lo mucho que se había enternecido, le dijo que no tenía de que tener pena, porque como adelante verían él y los suyos les serían tan amigos que entre sí mismos no se amarían tanto; porque eran los castellanos de tal condición que no sólo daban bien por bien, pero le procuraban a quien los hacía mal; porque era excelente género de vencer hacer de enemigos amigos; y que ya deseaba que se ofreciese cosa a aquella señoría en que mostrarlo por obras; pero que le rogaba que mirasen bien cómo se hacía aquella amistad; y que fuese de manera que no se faltase della porque su Dios (en cuya virtud vencía) no sufría engaños; y que cuando placiendo a él entrase en su tierra (que sería en despachando a los embajadores mexicanos) conocerían que su amistad era digna de tener en algo. Levantóse Xicotencatl muy alegre, abrazóle Cortés, salió con él hasta fuera de su tienda y los capitanes hasta fuera del cuartel, quedando todos con-

tentísimos y quietos esperando que pues era acabada la guerra con Tlaxcalla, de aquella confederación les habían de resultar grandes bienes; porque ya se hallaban en estado con los muertos y estar casi todos heridos y los continuos trabajos padecidos y por ser pocos y otras muchas dificultades que había, que si la guerra durara tenían por cierta su perdición; y así juzgaron que esta paz, hecha a tal tiempo, procedió de la mano de Dios. Y porque se conociese mejor que todo procedía della, mandó Fernando Cortés que se dijese misa y se le diesen gracias; y acabada, el padre Juan Díaz puso por nombre a la torre de aquel templo de la Victoria, en memoria de las muchas que alojando cabe ella aquel ejército había tenido, en casi cuarenta días que allí estuvieron.

CAPÍTULO XXXVI. *Que se hace la confederación de Cortés y los tlaxcaltecas y que llega a Tlaxcalla; y lo que le dijeron los embajadores mexicanos, y embajada que recibe de el tetzcucano Ixtlilxuchitl*

ALIERON DE TLAXCALLA a recibir a Xicotencatl como a embajador que volvía de tan importante negocio; oyóle la señoría todo lo que refirió, y allí se resolvió que, pues de la persona de Cortés tenían tanta necesidad contra Motecuhzuma, con toda brevedad procurasen de meterle en la ciudad por no dar ocasión a que se confederase con él. Publicáronse las paces por la ciudad y provincia con regocijo; hízose un mitote (que es baile) de más de veinte mil hombres de la nobleza, aderezados ricamente. Cantaron la valentía de los castellanos y el contento de su amistad para mejor vengarse de sus enemigos. Hicieron grandes sacrificios a los dioses quemando muchos perfumes; y en señal de tanta alegría enramaron las puertas poniendo en ellas muchas flores. Mucho pesó a los embajadores mexicanos de aquella confederación con los tlaxcaltecas y dijeron a Fernando Cortés que mirase lo que hacía y se guardase de aquella gente que era tan doblada, que lo que no habían podido conseguir por la guerra lo procurarían con engaños; y que si entraba en Tlaxcalla fuese cierto que a todos los matarían a traición. Y aunque Cortés, como hombre recatado, no estaba nada confiado hasta entonces de los de Tlaxcalla, respondió a los mexicanos (sabiendo la pasión con que hablaban) que por malos que fuesen estaba determinado de entrar en la ciudad, porque menos los temía en ella que en el campo; y vista su determinación le pidieron licencia para que uno de ellos pudiese ir a Mexico a dar cuenta al rey de lo que pasaba y llevarle la respuesta de su principal recaudo, y le suplicaron que se detuviese allí seis días hasta ver lo que decían de Mexico. Holgó de ello por conocer mejor en aquel tiempo si el amistad de Tlaxcalla era llana y cómo se tomaba en Mexico.

Entre tanto que esto pasaba iban a el ejército muchos tlaxcaltecas con bastimentos y los daban de balde. Otros a sólo ver y comunicar los caste-